

tas el premio de nuestros esfuerzos y de nuestro martirio.

Estas eran las ideas que llenaban la mente de la Colon en el momento en que se separaba de las islas Bahamas para dirigirse por primera vez á la isla de Cuba.

Tres dias de suave y apacible navegacion le bastaron para llegar sin perder de vista las encantadoras islas de Bahama que hallaba á uno y otro lado de su camino.

Un viento amorosísimo, como dice Colon en sus Memorias, henchia las velas, y las embarcaciones tomaron el rumbo del Sudoeste.

El 28 de Octubre por la mañana llegó á la vista de Cuba, descubriendo la costa oriental que hoy se llama Nuevitas del Príncipe.

Cuba, con su inmensa extension, con sus espléndidas colinas, que se prolongaban hasta perderse de vista, reclinándose sobre elevadas montañas que iban á confundirse con el cielo, con sus verdes praderas, sus bosques, sus rios, sus golfos, sus radas y sus aldeas diseminadas por todo el panorama, le recordaba los paisajes magníficos de la antigua Sicilia, que, con todo el entusiasmo de la juventud, habia visitado antes de salir de su patria.

Mandó arrojar las anclas en un hermoso rio, en cuyas orillas se levantaban frondosos y apacibles árboles que retrataban las ondas transparentes del rio, y desembarcando tomó posesion de la isla con las mismas formalidades que lo habia hecho con las de-

más, dándola el nombre de *Juana*, en conmemoracion del príncipe don Juan, á quien servia su hijo.

¡Cosa extraña! El audaz marino, mientras habia luchado con lo desconocido, mientras se habia visto amenazado por los que estaban á sus órdenes, mientras habia tenido necesidad de desafiar el peligro, ni aun bajo la influencia de la alegría que despertó en su corazon la realidad de sus sueños, recordó á los seres más íntimamente ligados con su corazon.

Habíase dejado dominar algun tanto por la codicia y la sed de oro, no para él, sino para justificar su empresa, y habia acallado en su alma los sentimientos más generosos.

Pero ante tantas maravillas, en presencia de aquel sublime cuadro de la creacion, la codicia enmudeció, la admiracion se enseñoreó de todo su espíritu, á la admiracion siguió el sentimiento religioso, é inundando su alma de una fervorosa emocion, despues de elevar su plegaria al cielo porque le permitia ser testigo de tanta magnificencia, pensó en lo dichoso que sería si á su lado estuvieran los seres más queridos de su corazon.

Felipa y Beatriz dormian el sueño de la muerte.

Fernando era muy niño aún.

Solo Diego podia comprenderle.

Diego, al separarse de su padre, habia encontrado una Providencia en los reyes de Castilla.

El príncipe don Juan le tenia á su lado como paje.

El nombre con que bautizó aquella nueva isla

fué la explosion al mismo tiempo de su gratitud y de su amor paternal.

Pocos indios hallaron en la orilla de la parte de la isla en donde desembarcaron.

A la llegada de los buques habian salido dos canoas con cuatro ó cinco indigenas; pero apenas notaron que los botes de las carabelas empezaron á son- dar el rio para buscar surgidero, huyeron amedren- tados, sin duda á participar la nueva de la horrible desgracia que amenazaba á los suyos.

Despues de tomar posesion de la isla, vió Colon á muy corta distancia dos chozas.

Se acercó á ellas, las examinó y vió que estaban abandonadas.

Pero halló en ellas redes perfectamente tejidas, anzuelos y arpones trabajados en hueso, y compren- dió desde luego que aquella isla estaba mucho más adelantada que las demás, puesto que á primera vista hallaba síntomas de industria.

Dispuso el almirante que no se tocase á ningun ob- jeto de los que habia en la choza, y volviendo á su bote continuó su investigacion rio arriba, contento y satisfecho al recrear sus ojos en la hermosura de aquel espléndido paisaje.

Las selvas que se elevaban á una y otra orilla ofrecian á su vista altísimos árboles de anchas y abundantes copas, lleros unos de frutas, matizados otros de flores.

Sobre todos ellos se levantaban las palmeras que ser- vian á los indios para formar los techos de sus chozas.

Los exagerados elogios que prodigó Colon á la belleza del paisaje, dice muy bien Washington Irving. los justifica el maravilloso cuadro que se desplegaba ante su vista.

Es imposible explicar el esplendor, variedad y pomposa vegetacion de aquellos ardientes y vivifica- dores climas.

El verdor de las arboledas y los matices de las plantas y las flores forman una beldad que no puede encarecerse; añádase la pura transparencia del aire y la profunda calma de los azules cielos, las florestas tam- bien llenas de vida, atravesándolas de continuo ban- dadas de pájaros de brillante plumaje, la inmensa variedad de loros y picamaderos que bullen por la selva, las numerosas avecillas que vagan de una flor á tra parecen por su vivo lustre partículas finas del arco iris y los flamencos, ó fenicópteros escarlataes, que suelen verse tambien por las aberturas de la flo- resta en algun distante llano, formados en escuadron como los guerreros, como una escucha alerta para dar noticia del cercano peligro, y podrá concebirse toda la belleza de aquel cuadro.

No es la seccion ménos bella de la naturaleza ani- mada la que encierra tantas tribus de insectos que pueblan todas las plantas haciendo alarde de sus bri- llantes cotas de malla que resplandecen como joyas preciosas.

Sublime y grandioso es el esplendor de la crea- cion animal y vegetal en aquellos climas, en donde un sol ardiente comunica su propio lustre á todos los

objetos y vivifica la naturaleza y la llena de exuberante fecundidad.

Las aves no se distinguen en general por su melodía, habiéndose observado que rara vez se junta en ellas la dulzura del canto con la brillantez del plumaje.

Observó, sin embargo, que las de varias especies cantaban melodiosamente entre los árboles, y con frecuencia se engañaba creyendo que oía la voz del ruiseñor, pájaro desconocido en aquellas regiones.

Estaba Colon, en efecto, dispuesto á verlo todo á través de un propicio y favorable medio.

Su corazón rebotaba en la plenitud del júbilo de haber alcanzado sus esperanzas, y el duro pero glorioso premio de sus trabajos y peligros.

Todo lo contemplaba con la amorosa mirada del descubridor, mezclando la admiración con el triunfo; y es difícil concebir los éxtasis de su ánimo, mientras exploraba y admiraba las gracias de un mundo virginal, ganando por su genio y por lo grande y atrevido de sus empresas.

El sol, templado por la altura de las montañas, por la sombra de los árboles, por la corriente de las aguas, fecundizaba la naturaleza sin calcinarla.

La luna y las estrellas reflejaban durante la noche en el río, con luces y cambiantes tan espléndidos, que atenuaban su aspecto lúgubre.

Colon condensó la impresión que le producía todo aquel paisaje en una frase tan sencilla como bella:

—Podría vivir eternamente aquí,—exclamó.

En efecto, el clima de aquella isla es más templado que el de las demás, y nada hay más encantador que una noche en los trópicos; la majestad de aquel cielo azul y diáfano, la pureza y brillantez de las estrellas, la luz resplandeciente de la luna bañando los árboles, los valles, las sierras, constituían un cuadro que se puede concebir sin verle.

¡Cuán lejos estaba entonces de imaginar las furiosas tempestades que en muchas ocasiones combaten el mar de aquellas islas! Ordinariamente pacífico, cuando llega á irritarse en aquel paraje, nada hay más espantoso que sus iras.

Rompe todos sus diques, inunda los campos, destruye cuanto se le opone, y deja detrás de sí tristes reliquias y desoladores recuerdos.

Es, sin embargo, un hecho comprobado que las ballenas que casi anualmente devastan las Bahamas y otras islas próximas á las de Cuba, muy pocas veces aparecen en este país privilegiado.

Un verdadero poeta ha dicho que su belleza es tal, que hasta los elementos deponen ante ella su furia, gozándose en contemplarla.

Pero cuanto más belleza descubría Colon en torno suyo, más creían acercarse al Asia.

Algunos de los suyos encontraron en las playas conchas de las ostras que producen las perlas.

Esto aumentó su ilusión, y llegó á imaginar que detrás de las montañas de la isla ó del continente, porque no estaba cierto de si Cuba era ó no tierra fir-

me, hallaria los imperios, la civilizacion, las minas de oro y otras maravillas con que los viajeros entusiastas dotaban al Catay y al Japon.

No logrando entenderse con los naturales, que se alejaban de la costa á medida que se acercaban los españoles, envió á Pedro Gutierrez, que hablaba el hebreo, y á Alonso Velez, que por haber estado entre los moros sabia el árabe, en busca de las fabulosas ciudades de aquella tierra, para que averiguasen dónde se hallaba el soberano.

Estos dos embajadores salieron cargados de presentes para los indigenas, y con orden de no entregarlos más que á los que les dieran oro.

Durante el viaje, Colon, lo mismo que los marineros, fascinados por la codicia, en unos más dispensable que en otros, se entregaron á fantásticas ilusiones.

Pero los enviados no tardaron en volver á las carabelas sin haber descubierto en el camino más que chozas diseminadas en medio de una pródiga vegetacion, adornadas con flores y acariciadas por deliciosos perfumes.

Lo único que habian logrado á fuerza de regalos, era que les siguiese uno de los naturales.

Aquel corto viaje de exploracion sirvió á los europeos para darles idea de una costumbre que no conocian, y que hoy se llama vicio por el abuso que de ella se hace.

Los europeos acababan de descubrir el tabaco, planta que, seca y madura, envolvian los indios en

hojas de maiz, ni más ni ménos que nosotros la envolvemos en el papel, encendiendo una de las puntas y aspirando el humo por la otra.

Interrogó Colon como pudo al indio que le trajeron Gutierrez y Velez, y por sus indicaciones se figuró que le queria decir que hácia el Occidente de la isla, costeándola, hallaria la magnífica ciudad del rey.

Emprendió este viaje, desembarcando de cuando en cuando para visitar los paises que le parecian más dignos de atencion.

Las casas que habia estaban construidas con ramas de palma formando pabellones.

No formaban calles, pero los muebles y objetos que habia en las chozas demostraban que habia más arte y civilizacion que en las islas que habian dejado atrás.

Todas ellas estaban en extremo limpias, y en alguna habia rudas estátuas y máscaras de madera entalladas con mucho arte.

Notando que en todas estas viviendas habia instrumentos de pesca, supuso que la costa estaba solo habitado por pescadores, y continuó su viaje al Noroeste descubriendo dos ó tres dias despues un gran cabo, que llamó de las *Palmas*, por estar cubierto de palmeras.

Este cabo forma la entrada oriental de lo que hoy se llama Laguna de Moron.

En tanto que el almirante se desesperaba al ver que sus congeturas salian fallidas, tenia lugar á bor-